

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

“Madres de ayer y de hoy: modelos en disputa”.

Eugenia Zicavo.

Cita:

Eugenia Zicavo (2011). *“Madres de ayer y de hoy: modelos en disputa”*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/527>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Madres de ayer y de hoy: modelos en disputa

Autora: Lic. Eugenia Zicavo

Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

eugeniazicavo@yahoo.com

Resumen

La maternidad ha experimentado grandes modificaciones de acuerdo con las distintas culturas y períodos históricos, construyendo modelos maternos en franca disputa. Las responsabilidades de las mujeres en aspectos como la educación de sus hijos, la lactancia e incluso la demostración de cariño, han conocido cambios culturales pronunciados. La ponencia da cuenta de algunas de estas transformaciones (los cambios vinculados al lugar del afecto en los vínculos familiares, la construcción del “instinto materno”, el tratamiento hacia la infancia) lo cual contribuye a desnaturalizar la existencia de una “madre mítica” con características inmutables.

Actualmente, en un contexto de cambio cultural acelerado donde se aprecian profundas modificaciones en períodos breves, también varían los modelos de vida posibles para las mujeres y, junto a su avance en los procesos de emancipación (su ingreso y afianzamiento en el mundo del estudio y el trabajo, la obtención de mayores derechos, la posibilidad de separación entre sexualidad y reproducción) la maternidad se ha resignificado. Especialmente en los sectores medios, ya no aparece como la única vía de realización para la mujer, sino como una opción entre otras. A la luz de dichas transformaciones (y a partir de aportes teóricos y de investigación cualitativa con entrevistas a mujeres madres de los sectores medios de Buenos Aires) indagamos el universo simbólico de la maternidad en la actualidad, a fin de explicar los quiebres y continuidades en los códigos culturales que se manifiestan en los comportamientos maternos y en los modelos de maternidad socialmente validados y difundidos.

Palabras clave: maternidad, cultura, transformaciones sociales, sectores medios, proyectos de las mujeres.

MADRES DE AYER Y DE HOY: MODELOS EN DISPUTA

Introducción

Hacer un recorrido por los distintos modos en los que, según los diferentes lugares y períodos históricos, se ha gestionado social y culturalmente la maternidad, permite situar en perspectiva un conjunto de representaciones que podrían parecer inalterables justamente por tratarse de un rol social que es susceptible de ser naturalizado, ya que se despliega en el marco íntimo de lo cotidiano. ¿Cómo fueron mutando históricamente las ideas acerca de la

maternidad, la afectividad y el tratamiento hacia la infancia? ¿De qué modo el universo cultural de cada época intersecta los mandatos relacionados con la femineidad modelo y, particularmente, con los modos de ser madre socialmente valorados?

Por un lado, hemos delineado un marco histórico amplio a partir de los aportes de diversos autores, que permiten situar los papeles socialmente asignados a las mujeres occidentales, sus modificaciones, continuidades y contradicciones. A tal fin, hemos seleccionado sólo algunos datos y momentos que consideramos de especial relevancia para ilustrar los cambios culturales que se sucedieron en torno a la maternidad y la construcción social de la femineidad y la infancia, dado que un seguimiento exhaustivo de la historia de las mujeres y de la maternidad en los diferentes lugares, sectores sociales y períodos históricos excede los propósitos de esta ponencia.

Por otra parte, a partir de un trabajo exploratorio de tipo cualitativo hemos realizado entrevistas en profundidad a mujeres de los sectores medios que habitan en la Ciudad de Buenos Aires¹, a fin de indagar acerca de los modelos maternos vigentes en la actualidad (así como así como sus prácticas y expectativas respecto a la maternidad) la luz de las modificaciones socio culturales que tales representaciones han experimentado a lo largo de la historia. La selección de las entrevistadas se realizó mediante el método de bola de nieve, con entrevistas abiertas y semiestructuradas, a partir de un cuestionario guía. Cabe aclarar que las técnicas cualitativas de investigación empleadas no apuntan a lograr muestras representativas ni generalizaciones explicativas, sino a alcanzar algunas conclusiones *significativas*, es decir, pertinentes para dar cuenta de cierto conjunto de representaciones dentro de un sistema social.

¿Mi mamá me mimaba? ¿Mi mamá me amaba?

¿Cómo era el amor materno durante las distintas épocas? O mejor dicho, ¿existió desde siempre dicho sentimiento? ¿Es el amor de las madres hacia sus hijos una tendencia innata presente en todas las mujeres? ¿O se trata más bien de un comportamiento adquirido que ha variado de acuerdo con los tiempos y las costumbres? Los modos ideales de ser y actuar en tanto madres, han sido resultado de postulados encontrados a lo largo de la historia. Los tipos de crianza y los sentimientos de las madres hacia sus hijos también han sido producto de diversos cambios sociales, que fueron impactando en las mentalidades. De hecho, en términos históricos, el mentado “amor materno” no es más que una “invención” relativamente reciente: durante siglos, el afecto fue considerado pernicioso para la buena crianza, y por lo tanto las madres no eran (o al menos, no debían ser) especialmente afectuosas. A los niños no se los consentía sino que se los educaba con rigor: el objetivo no era que fueran amorosos, sino respetuosos y obedientes. En los sectores acomodados, por ejemplo, la crianza de los niños solía estar en manos de terceros (nodrizas, niñeras, educadores) y, en general, las mujeres eran más “paridoras” que “criadoras”. La maternidad era considerada un deber (el destino al cual las mujeres estaban naturalmente entregadas) y, al igual que la infancia, no revestía ninguna valoración ni estima social particular. Asimismo, durante siglos los abandonos e infanticidios fueron frecuentes. Por otra parte, la mortalidad infantil era tan elevada, que los niños tardaban en ganar un estatuto al interior

de las familias: dado que los fallecimientos tempranos eran habituales, la actitud hacia los niños también reflejaba su carácter “provisorio”, al menos hasta que su supervivencia demostrase lo contrario. Las manifestaciones de cariño en general eran consideradas impropias, tanto entre los cónyuges como de éstos para con sus hijos. Durante la Edad Media, por ejemplo, se creía que las demostraciones afectuosas eran, no sólo poco deseables, sino destructoras. “¿Qué era el amor en la Edad Media? Ningún texto, ni laico ni clerical, habla del amor en sentido positivo sino de pasión sensual, irracional y destructiva. Puede aplicarse lo mismo a los amantes entre sí que a las relaciones entre padres e hijos” (Rouche, 1999: 62). “Podemos dar cuenta de la ausencia de amor como valor familiar y social durante el período histórico que antecede a la mitad del siglo XVIII. No se trata, sin embargo, de negar la existencia del amor antes de determinada época, lo cual sería absurdo. Más es preciso admitir que ese sentimiento no tenía la posición ni la importancia que hoy le son conferidas. Poseía asimismo una connotación negativa. Por un lado, nuestros antepasados tenían una aguda conciencia de la contingencia del amor y rehusaban a construir cualquier cosa sobre una base tan frágil. Por otro lado, asociaban el amor más a la idea de pasividad (pérdida de razón), de debilitamiento, de enfermedad”. (Badinter, 1985:50)

Cuando los sentimientos afectuosos aparecían, se aconsejaba reprimirlos ya que se los juzgaba de manera negativa. También el cuerpo de las mujeres era temido, por eso había una relación ambigua respecto a la lactancia (recomendada y a la vez sospechada, porque podía encerrar una dimensión sensual). En lo que respecta a la violencia física, ésta era moneda corriente en las relaciones interfamiliares: para con los hijos no había buena educación sin golpes y lo mismo corría para las esposas. En ese clima se desarrollaron las actitudes maternas: la severidad y la violencia eran parte de la cotidianeidad aceptada.

A su vez, en pleno siglo XVII, filósofos y teólogos expresaban un verdadero miedo hacia la infancia. A fin de comprender las actitudes de las mujeres respecto a la maternidad es preciso tomar en cuenta ciertas representaciones sociales circulantes vinculadas a la niñez: por ejemplo, la teología cristiana elaboró una imagen dramática, el niño como símbolo de la fuerza del mal (del cual sólo el bautismo podía borrar su “pecado original”). Por eso sólo se apreciaba en él la sumisión, la disciplina que haría de su cuerpo inacabado, imperfecto e incluso maligno, una “persona de bien”. La pedagogía hasta finales del siglo XVII mantuvo un ambiente de extrema dureza en las familias y las escuelas. Se recomendaba a los padres (y con especial énfasis a las madres) firmeza en la relación con sus hijos, recordándoles su natural inclinación al mal, que ellos debían contener y apaciguar. Las mujeres, al igual que los niños, también eran vistas como seres peligrosos, inclinados naturalmente hacia el mal, como buenas hijas de Eva. También ellas infundían temores a los hombres, por eso se las recluía y se les exigían penitencias, tareas para las cuales la iglesia cumplió una función disciplinadora fundamental.

El cambio de actitud de las madres coincidió con una mutación cultural: la aparición de un nuevo sentimiento hacia la infancia (que, no obstante, tampoco

se parecía al sentimiento actualmente conocido). Este cambio coincidió en el imaginario con el surgimiento de la idea de un cuerpo individual que se desgajaba simbólicamente del cuerpo colectivo: el nacimiento de un cuerpo para cada quien. Junto a la idea de un cuerpo propio también se afianzó la idea de un “hijo propio”, no sólo en los términos ya conocidos de potestad, sino al que se empezó a apreciar “por sí mismo”, un niño que iba en camino de convertirse en individuo. En este proceso, la lactancia de los bebés a manos de nodrizas, tan extendida durante siglos, se desaconsejó cada vez más enfáticamente. Aunque las amas de leche siguieron en ejercicio (en especial para que las mujeres espaciaran más sus embarazos) se popularizó el dicho “lo que en la leche se mama en la mortaja se derrama”, que cobraba un estatuto de sentencia macabra, dado que era bastante habitual que los niños fallecieran mientras estaban al cuidado de sus nodrizas fuera de la casa familiar. El discurso médico comenzó a atacar a los padres por dejar la crianza de sus hijos en manos de terceros y se difundió la idea según la cual era peligroso que los bebés se alimentaran con leche que no fuera de su propia madre. En este marco, la ideología del amor maternal comenzó a echar raíces más firmes, no sin la resistencia de buena parte de las mujeres.

El *Emilio* de Rousseau, publicado en 1762, fue el gran difusor de las nuevas ideas relacionadas con la niñez y dio un importante impulso a la imagen de la familia fundada en el amor materno. Entre otras cosas, divulgó con un énfasis desconocido hasta entonces las virtudes de la lactancia materna, que no reivindicaba tanto por razones de salud como por motivos afectivos. Aseguraba que si las mujeres se encargaban de alimentar con su propia leche a sus hijos, generarían un vínculo más próximo y recíproco, más hondo y duradero, que también iba a tener un impacto positivo en las relaciones entre los cónyuges. Rousseau creía en el fortalecimiento de la figura materna como un remedio infalible para los problemas más diversos: “Que las madres se dignen a criar a sus hijos y las costumbres se reformarán en todos los pechos; se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo. El más eficaz antídoto contra las malas costumbres es el atractivo de la vida doméstica; se torna grata la impertinencia de los niños, que se cree importuna, haciendo que el padre y la madre se necesiten más, se quieran más el uno al otro y estrechen entre ambos el lazo conyugal (...) Tornen una vez las mujeres a ser madres y tornarán también los hombres a ser padres y esposos” (Rousseau, 1955 [1762]: 22-23).

Sin embargo, las mujeres continuaban siendo, a pensar de los muchos consejos que recibían en contrario, más paridoras que criadoras. Hubo que esperar varios siglos para que el nuevo sentimiento hacia la infancia se afianzara de modo tal que las madres, bajo la ideología del amor maternal, asumieran en pos de sus hijos y del afecto hacia ellos, la superposición de tareas hasta entonces disociadas: la procreación y la crianza atenta. Las mujeres que se volvieron receptivas a estos sentimientos, empezaron a valorar de otro modo la compañía de sus hijos. El “instinto materno” fue moldeándose a partir de una serie de mensajes persistentes que, a lo largo de los siglos, fueron calando en las costumbres y en los mandatos culturales, modificando los códigos que delineaban hasta entonces el modelo de maternidad socialmente valorado.

Sin embargo, la nueva sensibilidad, al mismo tiempo que era promovida, generaba incertidumbres y resquemores: nada se sabía del resultado de una educación amorosa. Esta nueva actitud hacia los niños fue acompañada por disposiciones legales que dispusieron políticas de protección a la infancia y una intervención más amplia del estado en cuestiones demográficas. Comenzó a pensarse al niño dentro del modelo de individuo propio de la modernidad. Fue necesaria una larga evolución para que el “sentimiento de la infancia” prendiera en las mentalidades: recién a partir del inicio del siglo XVII los adultos modificaron su concepción hacia los niños y les concedieron una atención nueva, que no habían manifestado antes (Ariès, 1987). La afirmación de dicha sensibilidad respecto a la niñez fue el síntoma de profundas transformaciones culturales que darían sus frutos en las sucesivas generaciones, iniciando otros modelos de maternidad. Acompañando estos cambios, a fines del siglo XIX y principios del XX la maternidad se reafirmó, apuntalada por una moral que les sugería a las mujeres nuevos modos para pensarse a sí mismas en relación a sus hijos.

Asimismo, la nueva glorificación social de la maternidad coincidió con que las mujeres comenzaron a dar batalla por ingresar a lugares que históricamente les habían sido vedados y que, por primera vez, eran cuestionados. La estimación de la maternidad como valor supremo se fue instalando al ritmo en que avanzaban las demandas de sufragio femenino y las mujeres buscaban ser reconocidas en la esfera pública. Cuando empezaron a luchar por sus derechos (políticos, laborales, civiles), el nuevo modelo materno socialmente difundido propuso, en retribución a su capacidad de traer hijos al mundo (una labor que habían desempeñado durante siglos), un nuevo estatus sólo si ser madres se reconvertía en algo por ellas valorado, deseado y, sobre todo, disfrutado. Por otra parte, había indicios de que la propuesta podía traerles recompensas en una esfera de realización que cada vez se había vuelto más estimada: la de los afectos. El amor romántico, que hizo su entrada triunfal en el imaginario a través de las novelas, ya no sólo fue significado como algo debilitante o peligroso como en otros tiempos, sino que ahora se pensaba como un estado íntimo (y por eso irreplicable) del cual incluso se podían extraer fortalezas. Cuando la idea del amor impregnó a todas las relaciones familiares otorgándoles a las mujeres la potestad del “universo sentimental”, éstas hallaron en su rol materno un nuevo terreno en el cual “triunfar”. “Es en función de las necesidades y los valores dominantes de una sociedad que se determinan los papeles respectivos del padre, la madre y los hijos. Cuando el farol ideológico ilumina apenas al padre-varón dándole todos los poderes, la madre pasa a la sombra y su condición se asemeja a la de los niños. Inversamente, cuando la sociedad se interesa por la niñez, por su supervivencia y educación, el foco apunta hacia la madre, que se torna un personaje esencial, en detrimento del padre. En uno u otro caso, su comportamiento se modifica en relación a los hijos y a su esposo. Según la sociedad valore o deprecie la maternidad, la mujer será, en mayor o menor medida, una buena madre”. (Badinter, 1985: 25)

A fines del siglo XIX y principios del XX el elogio al ama de casa aparecía en todos los discursos y, cerca de 1930, se produjo un nuevo cambio en los

paradigmas relativos a la educación, iniciándose la era de una crianza más permisiva. El amor materno se difundió como factor central para el buen desarrollo de los niños. De a poco, el nuevo paradigma “maternal” fue instalando la importancia de la dedicación materna para el bienestar infantil, un tipo de dedicación que ahora reclamaba ser *completa*. Toda una serie de aptitudes fueron siendo anexadas a ese modelo materno, que de a poco fue adquiriendo cualidades casi místicas: las madres que todo lo saben, todo lo pueden, todo lo dan. La ética del cuidado intensivo de los hijos hizo su ingreso en el imaginario femenino. Su entrada no fue triunfal, sino lenta, resistida. Durante mucho tiempo traer hijos al mundo había sido una obligación que no exigía muestras de vocación, pasión ni instinto. Con tener hijos bastaba. Pero la tarea de las madres se fue resignificando, ganando un nuevo y valorado espesor significativo que fue avanzando al ritmo de un ideal sin antecedentes históricos: junto con el amor, había nacido el altruismo materno.

Ser madre hoy

En la actualidad, el hecho de que la sexualidad haya podido desvincularse de la reproducción y que la maternidad pasara a ser el resultado de una opción también generó un nuevo modelo materno, de apuesta a la “felicidad”: como ya no se trata de una imposición, la maternidad debe ser vivida con plena satisfacción, como una fiesta. “Los hijos son deseados por las alegrías del placer paternal que se espera que brinden, un tipo de alegría que ningún otro objeto de consumo, por más sofisticado que sea, puede ofrecer” (Bauman, 2005: 64). Como consecuencia de este nuevo modelo, que podríamos llamar de “felicidad obligatoria”, las mujeres que actualmente no experimentan a través de la maternidad tamaña exaltación, comienzan a cuestionarse (y ser cuestionadas) en su función de “buenas” madres. Como la maternidad pasó a ser producto de la voluntad y el deseo, las mujeres quedaron bajo la órbita de un nuevo mandato: el amor debía ser el resultado inmediato de dicha apuesta.

Lejos de ser una condición temporaria, la maternidad se configura como una identidad *in eternum*, una de las decisiones que más se oponen al líquido espíritu de época descrito por Zygmunt Bauman. En su libro *Amor líquido*, el autor plantea que las relaciones a largo plazo, como las que implica optar por la progenie, son crecientemente percibidas como un terreno impredecible que probablemente no genere grandes emociones ni llegue a inspirar un deseo que mueva a la acción. Tener hijos iría en contra del paradigma individualista que busca satisfacción instantánea y resultados inmediatos que no requieran esfuerzos prolongados. Las responsabilidades por tiempo indefinido parecerían oponerse de la moral moderna: implican una pérdida de libertad y de autonomía, impiden aventurarse a otras opciones. Asimismo, las parejas se fundan en uniones más provisorias que, aunque en muchos casos terminen siendo duraderas, mantienen la ilusión de ser fácilmente disolubles. Los planes compartidos son a corto o mediano plazo y un hijo es un tipo de compromiso sin cláusula de rescisión. En este sentido, optar por la maternidad, entre las mujeres de clase media, sobre todo aquellas que se desarrollan en el mundo profesional, es cada vez más, un desafío a cierto imperativo de época, que a su vez conviven con otro tipo de pautas más tradicionales. Existen determinadas formas aprehendidas de la maternidad, modelos que operan como referentes,

tanto para imitarlos como para establecer distancias. La maternidad es una decisión y un proyecto privado pero en el que se juega todo un acervo de experiencias colectivas, modos de *ser* modelados por la cultura, construidos históricamente, en los que se expresa el mentado amor materno, sus asociados cuidados y responsabilidades.

De las entrevistas realizadas a mujeres profesionales con hijos que habitan en la Ciudad de Buenos Aires, surge cierta narrativa compartida que podríamos llamar de la “responsabilidad e inversión a futuro”. Sus embarazos fueron planificados luego de llegar a una decisión común con sus parejas, tras prever entre ambos cierta estabilidad laboral que les permitiera sumar un nuevo miembro a la economía familiar (continúen o no actualmente en pareja). Asimismo, consideraron las implicancias que un embarazo y posterior maternidad, podría tener en sus carreras profesionales. En este cálculo, muchas parejas contemplaron “resignar”, al menos por un tiempo, el salario aportado por la mujer -en ocasiones tanto o más significativo que el del varón- recayendo así en él la responsabilidad mayor en materia económica. Esta “licencia de maternidad” (que ya no sólo proviene del ámbito legal-laboral sino de una decisión privada) de “hacer el esfuerzo” para dispensar a la mujer de las exigencias del trabajo, tiene que ver con el ideal de crianza que mencionábamos en el apartado anterior y que aún continúa vigente, según el cual la presencia materna resulta fundamental. En los casos de quienes optan por resignar (en parte o en todo) su vida profesional en pos del ejercicio maternal, seguir el modelo de la presencia a tiempo completo les genera menos incomodidades y contradicciones que la culpa que les supone intentar conciliar la crianza con el trabajo y entonces optan por “suspender” sus actividades laborales por tiempo indefinido, con la esperanza de que en algún momento vuelvan a ser compatibles. En algunos casos, no se trata de actividades que les reportaran demasiadas satisfacciones a nivel individual por fuera del salario y si sus parejas tienen ingresos suficientes, deciden de común acuerdo que ellas dejen de trabajar para ocuparse de sus hijos. Otras sencillamente se sienten sobrepasadas por las exigencias de la maternidad y, sin poder renunciar a ellas, renuncian al trabajo, con la expectativa de que se trate de una suerte de año sabático que les permita reacomodar sus rutinas más adelante.

Si bien no todas las mujeres pueden finalmente acceder a dicha moratoria en lo vinculado a las exigencias laborales (principalmente por necesidades económicas), la posibilidad de suspender la actividad relacionada al trabajo aparece en el imaginario compartido, tanto como el temor a perder el deseo de retornar a ese mundo laboral con la misma iniciativa. A diferencia de las generaciones anteriores, además de convertirse en madres, estas mujeres tienen otro mandato, el de no transformarse sólo en eso. “Las mujeres de los sectores medios o altos tienen la posibilidad de desarrollarse profesionalmente o en ámbitos diferentes al de la esfera doméstica o afectiva, pero ello también puede funcionar como mandato (...) el modelo cultural de la maternidad que preside los valores y hábitos de las jóvenes de los sectores medios está imbuido de contradicciones que conllevan conflictos no siempre explicitados” (Mancini, 2007). Se advierte un especial énfasis de las entrevistadas en resaltar que no están dispuestas a que la maternidad sea el único proyecto de

sus vidas, pero al mismo tiempo suponen que su ideal de madre (que implica atención, afecto, enseñanzas y cuidados) puede demandarles no sólo tiempo sino también generar, en el plano íntimo de lo deseante, una desatención a sus otros intereses. En este sentido, acercarse a las representaciones referidas a la maternidad vigentes entre las mujeres, permite acceder a un universo en permanente negociación y disputa.

En cualquier caso, el desempeño laboral femenino ha dado lugar a nuevas formas de ejercicio de la maternidad. Dependiendo del tipo de trabajo que realicen (de tiempo parcial o completo, fuera o dentro de sus casas, con horarios fijos o flexibles) también se modifican los modos de relación con sus hijos. El tipo de madre dedicada con exclusividad al ámbito de lo privado, un modelo que las clases medias supieron adoptar durante varias generaciones, actualmente entra en contradicción con los tiempos, deseos y responsabilidades de muchas mujeres trabajadoras, en especial de aquellas con carreras exitosas. Para las mujeres con formación terciaria o universitaria que ejercen las profesiones para las cuales estudiaron por impulso vocacional, o de quienes se desempeñan con éxito en los negocios, el trabajo es –además de una importante fuente de ingresos para ellas y/o sus familias- un espacio de satisfacciones, que compite con las tradicionales “obligaciones maternas”. “Si bien sus prácticas cotidianas rompen con el modelo de la “maternidad intensiva” y se encaminan hacia formas de maternidad “compartida” y menos presencial, el peso del imaginario de la “maternidad intensiva” sigue generando frustración y ambivalencia en unas mujeres que no están dispuestas a ver menguar su carrera profesional; pero a las que, al mismo tiempo, les gustaría poder dedicar mayor atención a sus hijos. Todo ello, enmarcado dentro de la falta de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva, causante de que estas mujeres perciban que es su calidad de vida la que se deteriora y no la de sus cónyuges, con la llegada de los hijos. Para ellos, ser “padres” y seguir una trayectoria profesional “exitosa” se plantea como algo compatible, que no implica renuncias ni a nivel práctico ni a nivel simbólico”. (Solé y Parella, 2004: 69).

Para estas mujeres, que disfrutan de sus trabajos, de su vocación, de su vida profesional y de los logros que ésta les reporta tanto a nivel material como simbólico, en términos de prestigio y reconocimiento, la maternidad no resulta un proyecto de vida “total”, en el sentido de que anule a los demás proyectos vitales. Así como difícilmente un varón se replantee su vocación o trabajo por el hecho de tener hijos, éstas mujeres aspiran a compatibilizar ambas tareas. Sin embargo, el imaginario de la maternidad a tiempo completo, o al menos como prioridad deseante, sigue vigente y las mujeres experimentan una sensación ambigua en relación a sus “labores de madre”. Por otra parte, las mujeres que opten por reducir su presencia laboral, estarán en inferioridad de condiciones a la hora de competir con sus colegas varones, que culturalmente tienen menos presiones en esa dirección. De hecho la maternidad (o su mera posibilidad) no colabora con la promoción de las mujeres en el mundo laboral –y no son pocos los casos de despido y rescisiones de contratos por embarazo, a pesar de su ilegalidad-. A su vez, las empresas suponen que los puestos de mayor responsabilidad serán mejor cubiertos por varones, que incluso siendo padres,

no suelen asumir esta “doble tarea”, ni cargan con una presión social a este respecto.

Palabras finales

A pesar de que actualmente no existe un modelo único de maternidad, el presupuesto instalado es que, para las madres, lo más importante son (o deberían ser) sus hijos. Lo han repetido durante generaciones: “dejé todo por mis hijos” fue el latiguillo compartido por muchas de las mujeres que antecedieron a las madres actuales, incluso aquellas que décadas atrás habían comenzado a integrarse en el mundo profesional. Las trayectorias laborales truncas han sido una constante para buena parte de las mujeres que hicieron propias las oportunidades de un modelo de cambio que las incluía en esferas sociales que hasta entonces las excluían, pero que luego se decidieron por el modelo de sus propias madres: se quedaron en sus hogares, cuidando a sus hijos, a pesar de los estudios cursados y los años trabajados.

Actualmente, las mujeres que no desean descuidar su vida profesional a consecuencia de la maternidad se encuentran en una encrucijada. Los hijos pueden ser una gran fuente de satisfacciones pero, sobre todo para las mujeres que tienen carreras exitosas, difícilmente puedan suplir las gratificaciones que obtienen en tanto profesionales: sencillamente, son ámbitos separados y en ambos casos irrenunciables. Sin embargo, el modelo tradicional de la madre en el hogar continúa operando en el imaginario de las mujeres. El amor incondicional materno está asociado a la renuncia, al altruismo, como si para ser buenas madres las mujeres tuvieran que resignar algo de sí, empezando por el trabajo (en especial si “no lo necesitan”, si su salario no es indispensable para la supervivencia económica familiar). Si bien el modelo de madre *full time* cuya prioridad absoluta son los hijos es más bien reciente en términos históricos, se trata de un paradigma instalado, que integra el repertorio cultural de lo que incluso en la actualidad pervive como ideal de amor materno.

Aunque los logros económicos y profesionales de las mujeres de los sectores medios que habitan en la Ciudad de Buenos Aires hoy cuestionan fuertemente el modelo tradicional de género de “marido proveedor y mujer que se encarga de la casa exclusivamente”, aún no se ha alcanzado una relación igualitaria entre varones y mujeres en lo que respecta a la dedicación a los hijos. La tradicional división sexual del trabajo en relación a las tareas familiares y domésticas, aunque con algunos avances en comparación con generaciones anteriores, no ha alcanzado ni cultural ni efectivamente un estatuto de paridad. A pesar de que los roles tradicionales de maternidad y paternidad, antes estancos para mujeres y varones, se han vuelto menos taxativos, socialmente se sigue esperando “más” de las madres en relación a la crianza de los hijos. Las mujeres se hallan entonces en un estado de negociación permanente entre, por un lado, los modelos heredados (propios de mujeres con otras posibilidades reales y simbólicas de desarrollo por fuera del terreno de lo privado) y, por el otro, los logros que ellas mismas han conseguido en diversos ámbitos (no sólo vinculados al trabajo, sino también al disfrute, al ocio) que entran en tensión con el modelo de maternidad altruista, que no obstante sigue operando a nivel de las representaciones. //

Bibliografía

- **Ariès, P.** (1987). “El descubrimiento de la infancia”. En *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.
- **Badinter, É.** (1985). *Um amor conquistado. O mito do amor materno*. Río de Janeiro: Nova Fronteira.
- **Bauman, Z.** (2005): *Amor líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- **Mancini, I.** (2007). “Madres modernas: entre mandatos y libertades”, en *Familia, hábitat y sexualidad en Buenos Aires. Investigaciones desde la dimensión cultural*. 2007. Buenos Aires: Biblos.
- **Rouche, M.** (1991) *Alta Edad Media occidental*. En Ariès, P.: Duby; G. (dir.) *Historia de la vida privada*. Tomo 2. La alta Edad Media. Buenos Aires: Santillana.
- **Rousseau, J.J.** (1955) [1762]. *Emilio o la educación*. Buenos Aires: Safian.
- **Solé, C.; Parella, S.** (2004). “Nuevas expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales exitosas”. En *Revista Española de Sociología*, nr. 4. Madrid: Federación española de Sociología.

¹ En la actualidad, la edad promedio de las mujeres al momento de tener su primer hijo en la Ciudad de Buenos Aires es de casi 30 años, lo cual creemos está vinculado a los cambios en los modelos de vida posibles para las mujeres (estudio, trabajo, ocio) que hacen que la maternidad ya no sea la única opción de realización personal, lo cual a su vez impacta en el período vital en el cual las mujeres que lo desean, optan por ser madres, “retrasando” su decisión en virtud de llevar a cabo otros proyectos, que no están ligados a la asunción del rol materno.